

## Primer Domingo de Adviento C2024

Hoy iniciamos un nuevo año litúrgico, es el Año C de la Iglesia. Sabemos que el Año Nuevo civil comienza el 1 de enero, pero para la Iglesia es con el Adviento: donde preparamos nuestro mundo, nuestra nación, nuestra ciudad, nuestro hogar y nuestros corazones para la conmemoración del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo que celebramos en Navidad.

Este es un período especial, una temporada de reconexión con esas relaciones olvidadas, una temporada de renovación de los lazos familiares y de amistad. Mire todas las decoraciones que vemos en nuestras calles y en nuestros hogares. Mire todos los planes que tenemos para esta próxima Navidad. Hay algo en el aire que merece toda nuestra preparación: Jesucristo viene.

Esa venida fue anunciada hace mucho tiempo por los profetas cuando todo el pueblo esperaba el cumplimiento de la promesa de Dios para ellos. Hoy tenemos el testimonio del profeta Jeremías. Jeremías, escribiendo en el siglo VI antes de Cristo, dice: “Se acercan los días, dice el Señor, en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y de Judá. En aquellos días y en aquella hora, yo haré nacer del tronco de un David un vástago santo...”

Lo que Jeremías anunció fue la llegada del Mesías, descendiente de la estirpe de David y salvador del mundo. Él sería la esperanza de las naciones, el ejecutor de la justicia de Dios y el garante de la salvación para el mundo entero. Así, el pueblo de Israel, instruido por la historia y fortalecido por su fe, fue criado en la espera de la llegada del Mesías.

Esta espera se cumplió en la primera venida de Jesucristo, Hijo de Dios, Hijo de María y verdadero descendiente de David. Después de su venida en la carne, ahora esperamos su segunda venida al final de los tiempos.

El Evangelio de este día describe cómo serán las cosas, en ese momento de la segunda venida. Aparecerán señales y manifestaciones en el cielo y en la tierra. Las potencias de los cielos serán sacudidas y el Hijo del Hombre vendrá en una nube con poder y gran gloria. Aunque esos acontecimientos serán aterradores, los que creen en Jesús levantarán la cabeza, sabiendo que su redención estará cerca.

Mientras tanto estemos en la tierra, tenemos que estar vigilantes en la oración y la perseverancia en el Señor. Por eso dice el Señor: «Cuando estas cosas comiencen a suceder, pongan atención y levanten la cabeza, porque se acerca la hora de su liberación...». A estas palabras del Señor, san Pablo añade otra capa de exhortación: «hagan rebosar de un amor mutuo y hacia todos los demás (...), para que (...) sus corazones (sean) irreprochables en la santidad ante Dios, nuestro Padre, hasta el día en que venga nuestro Jesús”.

Este tiempo nuestro es un tiempo de espera. Hay dos maneras de esperar, una pasiva y otra activa. Quizá un ejemplo nos ayude a entender lo que está en juego. En la oficina de correos, uno puede estar esperando que llegue su turno para echar sus cartas, o en la estación de autobuses, puede estar esperando que llegue el autobús para ir a hacer la compra. Pero, si uno ha invitado a un amigo a cenar, no lo está esperando de la misma manera que lo hace en la oficina de correos o en la estación de autobuses. Está esperando estando ocupado, preparando algo de comer para la hora en que llegue su invitado.

En el primer caso, la espera se vuelve molesta y a veces un fastidio. Lo vemos fácilmente en el aeropuerto, en los supermercados y en los restaurantes. Muchos son impacientes y no les gusta esperar. Y sin embargo, el tiempo de Adviento que hoy iniciamos significa

literalmente un tiempo de espera del regreso del Señor. En el sentido bíblico, la actitud de espera tiene su raíz en las virtudes espirituales de la paciencia y la perseverancia. Tenemos que esperar, y esperar pacientemente, la venida de Cristo. Vivimos de la promesa del regreso de nuestro Señor. Pero, no sabemos cuándo, cómo y en qué circunstancias volverá. Eso hace que la espera sea aún más importante que nunca.

De una mujer que está embarazada se dice que está "esperando"; las oficinas de la gente importante tienen "salas de espera". Pero si reflexionamos bien sobre todo esto, nos damos cuenta de que la vida misma es una sala de espera. Una persona que ya no espera nada de la vida está muerta. La vida es espera, pero también es cierto lo contrario: ¡La espera es vida! Y este es el tiempo de la espera del regreso del Señor.

Hemos de vivir conscientemente en la espera de la venida de nuestro Señor. Hemos de ser intencionales en todas nuestras acciones como un amigo que espera a un invitado importante que está a punto de visitarlo. Hemos de recordarnos que nuestras acciones de hoy determinarán nuestra vida futura con el Señor. Tenemos la certeza de que si lo hacemos, participaremos de su alegría. Por eso nuestro Señor nos asegura que cuando veamos los signos del fin, debemos poner atención y levantar la cabeza.

Pero no debemos olvidar que esperamos a uno que ya ha venido y que camina a nuestro lado todos los días. Por eso, después del primer domingo de Adviento en el que se centra el regreso definitivo de nuestro Señor, en los domingos siguientes escucharemos a Juan Bautista recordarnos la presencia de nuestro Señor entre nosotros: «En medio de ustedes hay uno a quien no conocéis». Nuestro Señor está presente entre nosotros no sólo en la Eucaristía, en la palabra, en los pobres, en la Iglesia... sino que, por gracia, vive en nuestros corazones y en nuestras experiencias cotidianas de vida.

El Adviento es un tiempo de oración renovada. Es un tiempo para recordar las promesas que Dios nos hizo cuando fuimos concebidos, cuando fuimos bautizados, cuando nos acercamos por primera vez a la mesa de la Eucaristía, cuando nos casamos o cuando fuimos consagrados.

Nuestra espera no es un concepto vacío, un dejar pasar el tiempo. Está llena de llamadas y advertencias, llamadas al cambio y a la oración, una advertencia para estar vigilantes. Como lo fue para los Tesalonicenses, el Adviento nos brinda una oportunidad para examinar nuestras vidas y acciones. Nos invita al arrepentimiento y al cambio de comportamientos.

Tenemos que revisar cuidadosamente y ver dónde hemos fallado, qué tenemos que cambiar y cómo tenemos que corregirlo para preparar nuestros corazones para recibir al Señor. Tenemos que recordar que aunque el Adviento se refiere a la primera venida así como a su venida final; Nuestro Señor viene cada día a nuestra vida y a nuestro mundo. Sólo quienes están preparados pueden reconocerlo ahora y, más tarde, participar con alegría de su gloria.

**Jeremías 33: 14-16; 1 Tesalonicenses 3: 12-4: 2; Lucas 21: 25-28, 34-36**



Fecha de la Homilía: el 01 de Diciembre, 2024

© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20241201homilia.pdf